

HISTORIA DEL PROFE

La Edad del Profe
La Sorpresa del Profe
Charlas con los Amigos
El Encuentro
El libre Albedrio de Doña Inés
Anécdotas de "Urgencias"
Arriesgando la Caída

La Edad del Profe

Al profesor no le gustaba celebrar cumpleaños. Tenía sus razones, pero no quería compartirlas.

- ¿Qué día cumples años? – preguntaban sus amigos
- Yo no cumplo años – decía con voz severa – ¡yo cumplo Ciclos, Etapas...! -
- Vale. ¿Pero en que ciclo vas? -
- Voy por mi sexto ciclo – contestaba sonriendo.
- ¡Joder! – comentaban sus amigos - ¿pero cuanto año tiene un ciclo? -
- Pues depende, cada ciclo es diferente. El primero de ellos duró ocho años. El segundo siete, el tercero diez, el cuarto diecisiete, el quinto trece y el sexto no lo se. Pero en todo caso, no festejo nunca mi cumpleaños. -
- Pero... ¿cuándo sabes tú que un ciclo se acaba y otro comienza...? - insistían los amigos.
- No lo se. Lo sé a posteriori, en la evocación que hago con el tiempo y dentro de mí, se forma la firme convicción de que en ese momento se acabó uno y comenzó otro ciclo. Más aún, creo que sufro hasta transformaciones físicas...-
- ¡Vamos profe! No será para tanto... - exclamo uno de sus amigos con una copa de coñac en la mano.
- Pues les aseguro que quienes me conocieron a los quince años no me reconocerían a los treinta y los que me conocieron a esa edad tampoco me reconocerían en la cuarentena y mucho menos después de los cincuenta. Ahí están las fotos donde se puede comprobar. -

Y efectivamente, sacaba unas fotos de su adolescencia con patillas y cabello largo y otras con veintiséis años, con bigote y barba y otra con barba recortada cerca de los cuarenta y una incipiente calva que, comparada con su excelente calvicie y barba a media rasurar completamente cana que usaba a sus setenta años, ciertamente, demostraban sus palabras de cambio físico.

- ¡Ostias! Pues es verdad. Incluso pongo en duda que seas tú el adolescente -
- Pero no solamente cambié de imagen, es que nunca volví a ser el mismo. Os pongo un ejemplo. Supe que el primer ciclo había terminado cuando, a los ocho

38 años, empecé a tener unos fuertes sueños eróticos con la mujer de mi tío. –

- ¡A los ocho años! Venga ya.... Tendrías más años... ¡ -

- Os lo juro que no y lo recuerdo todavía como si fuera ayer. Se había casado con una italiana blanca como la leche, rubia, de ojos azules y con curvas prominentes. Con ella tuvo cuatro hijos y el penúltimo primo era de mi edad. Cuando pasábamos juntos las vacaciones de verano, ella nos vestía y nos desvestía, a mi primo y a mí. Nos enjugaba cuando salíamos del río y en esos momentos mis ojos miraban sus extraordinarios senos que vibraban mientras ajeteaba con la toalla o con nuestros pantalones de baño. Pienso que, en ese momento del día, yo reprimía la libido, pero por las noches daba rienda suelta a toda esa acumulación de imágenes y soñaba y alucinaba comiéndome literalmente cada uno de sus tetas a mordiscos... -

- ¡Anda que eres exagerado...! Ya sería menos... -

- ¡Qué no! Que es tal como lo cuento. Era como estar comiéndome un pastel de gelatina temblorosa ¡me las comía a trozos! Y me despertaba sudoroso relamiéndome de gusto.

- ¿A los ocho años...? ¿Estás seguro de eso? ¿No te lo habrás inventado en tus recuerdos...? -

- Lo tengo grabado en mi cerebro y la edad exacta puesto que ese año sucedieron varias cosas que cambiaron radicalmente mi vida. En primer lugar, nos fuimos del barrio popular donde nos habíamos criado y nos trasladamos a un barrio burgués a la altura del nuevo estatuto social que querían nuestros padres. Perdí todos los amigos y las aventuras de vivir prácticamente en la calle. En la casa infantil teníamos unas reglas muy simples, teníamos que estar al mediodía para almorzar y al ocultarse el sol para comer y dormir pronto. No había tele. -

- Pues casi como todos nosotros. Así fue nuestra infancia – contestaron los amigos que compartían más o menos la misma edad que el profesor.

- Pero es que mis sueños oníricos despertaron en mi interior, unas ganas de conocer algo más. ¡Siempre fui lector compulsivo y de leer a Julio Verne pasé a leer una enciclopedia de ocho tomos, donde existían fotos de museos con desnudos femeninos que me hacían suspirar...! “El Tesoro de la Juventud” no solamente fue fuente de literatura, historia y geografía, sino también, mi primer libro erótico. Ahí terminé mi primer ciclo de vida y comenzó otro distinto con experiencias que me llevaron a perder mi virginidad. Entonces comenzó un tercer ciclo. Es así como recuerdo mi historia y por eso no celebro cumpleaños. -

- ¡Joder profe! – indicaron algunos – difícil nos lo pones si queremos hacerte algún regalo. -

- ¡Ah no señores! - contesto prontamente el profe - los regalos se reciben por cualquier motivo, por vuestra generosidad. Pero nunca por un aniversario repetitivo cuya falta de imaginación conmueve a tantas personas. El regalo más grande es la Donación al estilo de Mauss, es decir, la disponibilidad de poder contar con vosotros en cualquier momento y sin necesidad de formalismo. El poder de acabar con mis reservas de ron y vino en vuestra compañía. Eso es todo. Y es lo máximo... -

Todos levantaron sus copas y brindaron por los Ciclos del profe.

La Sorpresa del Profe

Era media mañana y la cafetería madrileña estaba a rebosar. Buscando donde sentarse, la vio de pronto acomodada en la barra. Hacía cerca de dos años que no la veía y, pese a que su belleza siempre lo había perseguido en el recuerdo, la diferencia de edad, además de haber sido su profesor, lo había separado de ella. Su cabello rojizo le seguía cayendo sobre los hombros y sus ojos verdes intensos seguían mirando con picardía.

- ¡Ole! - lo saludo ella con dos besos contenta de verlo.
- Hola Paloma, que bien estas... - le dijo él
- ¡Pero hombre! ¿Todavía estas con esas? ¿A estas alturas no me distingues? – le dijo ella con una sonrisa amplia y picarona.
- Pero... ¿qué tengo que distinguir...? – dijo él con asombro y con un sentimiento de confusión reflejado ingenuamente en la cara.
- ¡Venga ya! No me digas que después de casi dos años de estar saliendo contigo, no me distingues de mi hermana...
- Pero ¡qué dices Paloma...! ¿quién es tu hermana...? -
- ¡Que nos soy Paloma! Soy su hermana.... -
- ¿Hermana...? No entiendo.... – y en su mente empezó a formarse una confusa idea...

Recordó la primera vez que Paloma apareció en su despacho universitario y con esos ojos verdes y su grandiosa humanidad de veinte años, le planteo su problema.

- Necesito aprobar esta asignatura si o si y estoy dispuesta a hacer los que sea necesario, pero debo aprobarla...-

El profe se quedó mirándola medio abobado y medio burlón...

- ¿Hacer lo que sea...? -
- Si. Lo que quieras...-
- ¿Harás todo lo que yo te pida...? ¿Todo?
- ¡Qué si! Que estoy dispuesta a lo que me pidas... -

El profe no lo pensó dos veces, inmediatamente le dijo

- Quitate el abrigo y cierra el despacho con llave – y le estiro la mano con el llavero entre el pulgar y el índice. Ella de inmediato, con mucha determinación, tomo el llavero cerró la puerta y se quitó el abrigo. Luego se quedó mirándolo. Entonces el profe, con la mirada burlona que nunca lo abandonó, le espeto
- Muy bien, ahora siéntate aquí a mi lado- cosa que Paloma hizo rápidamente.
- Ahora, saca el libro y vamos a pasar la tarde estudiando para el examen.

Con mirada sorprendida y risueña, Paloma paso la tarde estudiando la signatura con el profe y preparando el examen final del día siguiente. Cuando terminaron, ella se levantó, lo miró intensamente y le dijo:

- ¡Eres un profe genial! Gracias- y le planto dos besos muy calurosos que el profe agradeció. Abrió la puerta y desapareció.

Aprobó el examen, pero el gusanillo de la oferta le siguió rondando al profe sobre todo por la belleza y la juventud de ella. No era la primera vez que le sucedía anécdotas como esta. Ya estaba curtido con historias parecidas desde que enseñaba en Paris y a sus treinta y cinco años sabía perfectamente que gustaba a las chicas de todas las edades. Pero también sabía que corría mucho peligro por las relaciones profesor-alumnas que, aunque fueran consentidas entre adultos, estaban muy mal vistas por las autoridades académicas.

Un día, en un encuentro casual en el patio de la universidad, el profe le propuso un viaje, fin de semana a Sevilla donde le tocaba dictar un seminario. Ella acepto de inmediato. En el viaje de cinco horas, poco a poco se fueron acercando y pasado el puerto de “Despeñaperros”, ya se estaban besando.

Llegaron un jueves y tenían previsto regresar domingo, pero la convivencia fue tan agradable que se quedaron a dormir el domingo en la mitad del camino en el encantador Parador de Manzanares.

Desde entonces se estuvieron viendo esporádicamente durante dos años y medio, sobre todo cada vez que el profe tenía un congreso fuera de Madrid. Con ella fue a París, a Roma, a Oporto, a Bruselas y a otros viajes nacionales y un viaje a Venecia solo por el placer.

Su relación tenía un principio muy simple, todo dependía de la disponibilidad de ella en acompañarle. Si no podía, el profe tampoco se molestaba, tenía suficientes profesoras a quienes no le disgustaría disfrutar de su compañía. Tal vez, por esa razón, su relación con Paloma, a pesar de ser apasionada cuando estaban juntos, terminaba al desaparecer su presencia.

Dejaron de verse cuando en una invitación a Helsinki, ella dijo que no podía, luego que sí y por último lo llamo para decir que era imposible. A su regreso ya no volvió a llamarla y así paso el tiempo hasta el encuentro presente. Por eso, cuando, en la cafetería, Paloma le dijo que no era Paloma, sino su hermana, su cara de asombro empezó a coordinarse con su memoria y empezó a recoger múltiples cabos sueltos que empezaron a emerger en su recordación.

- ¿Qué quieres decir que eres su hermana? - le pregunto atolondradamente.
- ¡Vamos hombre! No vengas con el cuento de que no lo sabías. No sabes cuantas veces nos pasamos con Paloma discutiendo si eras lelo o simplemente te daba igual que fuera la una o la otra. Nos gustabas a las dos y no nos importaba acompañarte, sobre todo cuando íbamos afuera, con todos los gastos pagados... - Mientras hablaba, agitaba las manos tocándole el brazo o

rozando con su dedo la mejilla tal como lo hacía Paloma. Eso lo volvía loco.

- Somos mellizas idénticas. Siempre nos vestimos igual, nos peinamos igual y además, ¡nos divierte intercambiarnos! Yo fui contigo a París y a Bruselas. ¡Ah! y a Londres...-

- ¿De verdad que fue así? No me di cuenta. Si no me lo dices, no me lo creo- y el profe, con el sentimiento de vergüenza subiéndole a la cara, trataba de justificarse.

- Pues en la cama os comportabais igual...-

- ¡Ja, ja! Eso lo tienes que saber tú que te acostaste con ambas... Yo no me he acostado con mi hermana. Pero si acordamos que eras bastante fogoso y muy placentero estar contigo. Y luego... es una delicia escucharte hablar ¡eres un libro abierto! Lo que hemos aprendido contigo en todo, en historia, en las comidas y, sobre todo, en los vinos que nos hiciste probar.

- Bueno, pues al menos eso que tengo a mi favor...-

- ¡... y más! No seas modesto. Al principio, Paloma se enamoró de ti y fue cuando yo quise sabe por qué. Por eso la reemplace en París. Acordamos que te compartiríamos de ahí en adelante. -

- Pero que pasa ¿tenéis la costumbre de intercambiar parejas? ¿Os divierte confundir a vuestros admiradores...? -

- ¡Venga hombre! No te pongas así que nos conocemos. Según tus propias confidencias, tú eres igual que nosotras... ¿recuerda las historias de tu vida parisina de la que alardeabas en ciertos momentos...? -

- ¡Vale! ¿Pero a quien se las contaba...? ¿A ti o a tu hermana...? -

- ¡Qué más da! No tenemos secretos entre nosotras. -

. ¿Y qué fue lo que paso con Helsinki? ¿Por qué tanta vacilación? -

-¡Ah! Aquello, pues tiene una explicación muy simple. Nos invitaste... -

-... Invité a Paloma...-

- ¡Mira que eres lelo...! Si. Invitaste a Paloma, pero ya te he dicho que cada invitación la tratábamos para ambas. Y a Helsinki Paloma te dijo que sí, que iba; pero después le llegó una invitación de su novio que tenía que acompañarla al matrimonio de su hermana, y te contesto que no podía. Pero luego me consulto y yo dije que sí. El problema es que no pude conseguir días de vacaciones en el trabajo y finalmente te dijimos que no. Después de eso, como no volviste a llamar, pensamos que te habías cansado de nosotras. -

- ¡Joder! Haber sabido que eran dos por una.... - Exclamo el profe guardando el sonrojo y la vergüenza de no haberse enterado antes. Su masculinidad quedaba en entredicho. Comprendió de inmediato que su tiempo había pasado y ya no era el mismo de ayer. Tendría que acostumbrarse.

Charlas con Los Amigos

Una de las delicias de encontrarse los amigos de vez en cuando, además de disfrutar de buenos platos y excelentes vinos y licores en casa del “Sumiller” Adolfo, es la continua rememoración de anécdotas e historias vividas conjuntamente. Ese pasado común que hace que se estrechen los lazos de amistad y esas remembranzas que no se limitan solamente a recordar, sino que también influyen las metamorfosis que a través del tiempo hacen que adquieran colores diferentes cada vez que es narrada de nuevo. Las historias que los unen nunca están clasificadas y archivadas. Basta una palabra, un pequeño estímulo, y la memoria rehace de nuevo la reminiscencia mil veces contada.

- ¿Vos no te acordás de la “pastusa voladora”? - Decía MT riéndose a carcajadas.
- ¿De quién están hablando? - pregunta el nuevo amigo integrado al grupo.
- Si hombre. Acordate de cuando, sin hablar ni entender francés, se inscribió en el grupo de teatro de la universidad. -
- ¡Ah! Claro - decían los que ya conocían la historia.
- Fue cuando en un ejercicio del grupo de teatro, lo único que entendió la pastusa era que tenía que subirse por unas escaleras y lanzarse al vacío donde sería recibida en los brazos por el resto del grupo -
- ¡Si, si ¡pero ella tenía que esperar la orden y que el grupo se organizara...-
- ¡Pues claro...! - Decía riendo Jairo
- Pero ella sin encomendarse ni a dios ni al diablo, por su cuenta y riesgo se subió a la escalera y se lanzó al vacío.... ¡sin que nadie la esperara! -
- ¡Madre mía...! – Decían los nuevos - ¿Y qué le paso...? -
- Pues que estuvo tres meses con una pierna enyesada y curándose de las otras heridas. -
- Peor le fue cuando trabajaba de camarera. No entendía nada de lo que le decían los clientes... -
- ...y además, solo podía pedir “café” en la barra... -
- De modo que cuando cualquier cliente pedía cerveza o cualquier otra bebida o comida, ella siempre les traía “café” ... -

- ¡Si, si! Así fue hasta que el patrón la amenazó con echarla si volvía a equivocarse... -
- ... y lo peor es que volvió a equivocarse y cuando los clientes empezaron a quejarse, ella empezó a decirles en español que se tomaran ese café o la despedían... -
- ¡Ay... ¡No fue así! Los clientes le pidieron un croque-monsieur, un croque-madame y dos bières y ella les trajo dos cafés express solamente... -
- ...Y cuando los clientes empezaron a quejarse, ella empezó a llorar y en pleno Boulevard Saint-Germain-des-Prés, se arrodillo gritándoles que se lo bebieran, que la iban a echar, que por favor se bebieran ese café... ante la mirada atónita de los clientes y los paseantes. -
- ¿... y la echaron...? - preguntaron los nuevos.
- Pero osadía no le faltaba ¿Y qué fue de ella? -
- ¡Pues claro que la echaron! -
- ...ella regreso a Colombia y se casó muy bien casada.
- Creo que acá tiene otra memorable historia pues fue secuestrada... ¿no...? -
- ¡Ay! ¡No! Estas confundiendo las historias. Esa no tuvo nada que ver...- dijo MT
- ¡Que no...! Ella se quedó en París y fue una gran bailarina...- terció otro de los viejos.
- ¿En dónde...? ¿En Folies-Bergère...? - dijo uno de los nuevos
- Pongamos que si - intercedió MT - Así termina bien la historia.... -

§§§§§

- ¡Que cosas te suceden, parece historias que te inventas...! – le soltó en la cara Piedad
- Te aseguro que ha sido la verdad. Así me sucedió. Puede que adornara los hechos, pero el fondo sigue siendo lo que me paso...- Insistió el interpelado.
- ¡¡Es que a veces cuentas unas cosas!! - terció MT – Pero la verdad, he averiguado varias de tus historias ¡Y son de verdad! Tu hermana me confirmó tus historias de niño... pero son duras de creer... -
- Pues cuento otra y además tengo pruebas de ello ¡He! -
- A ver con que sale. - Dijo Luis Carlos
- En el verano del 75 vivía en la Rue du Dragon, en pleno Saint-Germain. Nos reuníamos varios estudiantes que, además de organizar alocadas fiestas, nos ayudábamos para buscar trabajos eventuales... -
- ¿En ese apartamento no vivía “Campaña” ...? -
- Sí. Claro. Yo vivía con él. El hecho es que alguien mencionó que los Estudios de Cine Boulogne estaban reclutando actores de origen latinoamericano... -
- ¡No me digas que también fuiste actor...! - Exclamo riéndose MT
- No te adelantes. De los que estábamos presentes, nos presentamos Hernando Guerrero, Luis Fayad y yo. Los dos Luises fueron seleccionados, pero Hernando no cumplía con la estatura necesaria. -
- ¡No puede ser...! ¡Va a ser verdad...! - volvió a intervenir MT riéndose... -
- ¡Ay! Déjalo hablar... - le corto Adolfo... -
- Bueno, pues el hecho es que nos citaron para el jueves siguiente y debíamos comparecer con traje y corbata. Se trataba de imitar a policías venezolanos. Era toda la información que tenía-

mos. Éramos actores de complemento... -

- Lo que en otras partes son “extras”, tú lo llamas complemento...- dijo uno.

- ¿---Y por qué venezolanos...? - dijo otro.

- ¡Pero es que así se llaman en francés...! Se suponía que la película pasaba en Venezuela. No sabíamos más... Mi problema es que no tenía traje y, además, todos los amigos que conocía y que eran de mi talla, ninguno tenía...-

- Podías haberlo alquilado – Intervino el amigo nuevo-

- Ni se me ocurrió, ni sabría donde hacerlo y tampoco tenía dinero para ello... Bueno, la historia es que, estando ya desesperado por no encontrarlo, “Campiña” me confeso que tenía uno pero que no me serviría... -

- ¡Pues claro! “Campiña” era más bajo que tú y muy delgado... -

- ¡Exactamente! Aun así, me puse la chaqueta que, evidentemente, me quedaba muy estrecha, pero entraba. En cambio, el pantalón, ¡ni modo! Además, el color rojo a cuadros del traje me espantaba...-

- ¿Rojo a cuadros? Estarías guapísimo...-

- Necesitaba el dinero y decidí jugar el todo por el todo. Descocí los bajos del pantalón y las costuras de la parte trasera del tiro...

- ¡Ay no! ¿También sabes costura...? - lanzo de nuevo MT riéndose...

- Cuatro años en el Colegio de mis tías dieron para aprender a ensartar agujas y hacer puntadas. ¡Así me castigaban...! Afortunadamente los trajes guardan un poco de tela hasta la entrepierna. De modo que con mucha maña y buena paciencia volví a recoser a mano el tiro lo más cerca del borde de la tela, teniendo cuidado de hacer cada puntada lo más cerca posible una de la otra.

- ¿Pero tenías costurero...? -

- No. Utilice uno de esos kits de costura que regalaban en los aviones. Luego planche los pantalones tomando todas las precauciones para que no se notaran las dobladuras anteriores. Y entonces me lo probé y me sentí torero. Apretado, pero entraba. Con la chaqueta puesta quede como un maniquí...- Todos se reían imaginándolo con el traje puesto

- Así que con traje recompuesto me presenté a la hora prevista en los famosos Estudios de cine parisinos. Nos habían citado a las dos de la tarde, pero hasta las siete de la noche no fuimos convocados. Mientras, deambulamos por los Estudios y en sus corredores nos encontrábamos con artistas conocidos como Alain Delon o Lino Ventura....

- ¡Claro! Y Catherine Deneuve se enamoró de ti... - dice burlonamente Piedad.

- ¡Pues no! Pero ella era la protagonista y la conocí mientras filmaban la escena. La película se llamó “Le Sauvage” y el coprotagonista fue Yves Montad. Mientras nos llamaban, en toda esta tarde no me atreví a sentarme ni a comer nada del buffet que teníamos a nuestra disposición. De hecho, me mantenía lo más posible pegado de las paredes intentando no mostrar “mon derrière”. Temía por mi traje recompuesto. -

- ¿Pero de que tenías miedo? ¿De qué se te rompiera...? -

- ¡Pues claro! Estaba como un embutido. Cuando nos llegó la hora, nos llevaron en un autobús (en el que me senté con mucho cuidado) hasta un helipuerto. En el anochecer de ese día las instrucciones recibidas fueron las siguientes. Llegábamos en coches de policía alumbrando un espacio en donde aterrizaría un helicóptero que traía a Montad malherido de algún sitio de la

selva. Yo debía salir del coche y correr agachado para pasar por debajo, teniendo mucho cuidado con las aspas del helicóptero, cosa que me repitieron hasta la saciedad. Lo mismo hacían otros en sentido contrario. Era simples movimientos para dar sensación de urgencia. En algún momento aparecía la Deneuve que se aproximaba corriendo al cuerpo del herido. Eso era todo.

-

- ¿Y entonces? ¿Qué pasó...? -

- Pues que en el primer ensayo vino mi desgracia. Al sentarme de copiloto en la patrulla, el pantalón cedió y me quedé con el culo al aire. Cuando salí corriendo, lo hice de tal manera que no se notara. La nocturnidad me ayudaba. Parece que nadie se dio cuenta del asunto porque se hizo la filmación tal como estaba prevista. Yves Montad hizo de herido, Catherine Deneuve dio su actuación de histeria frente al herido y mientras mis compañeros corrían debajo de las hélices, yo también lo hacía, pero con una buena raja en mi trasero.

- ¡Ay no! ¿Nadie se dio cuenta...? – dice alguien en medio de las risas.

- ¡Afortunadamente! Lo único que me interesaba es que me pagaran. A Luis Fayad le pagaron mucho más porque, disfrazado de guardia, detienen a la Deneuve en un supuesto aeropuerto de Caracas que fue montado en una estación del Metro de París y además, decía un párrafo en español. Según el Convenio de trabajo de actores, cuando se habla, se paga más que cuando se actúa como complemento.

- ¿Cuál fue el título en español de la película...? ¿El “Culo de Luis” ...-

- No lo se. Confieso que nunca vi la película. Respondió el interpelado en medio de las risas de los tertulianos.

El Encuentro

Todos los años, a finales de junio, tenían la costumbre de celebrar una fiesta en su fabuloso piso del Boulevard Saint-Michel. Era como una ceremonia de fin de curso académico y a ella invitaban a lo más selecto de la intelectualidad latinoamericana de París, incluido escritores, artistas y pintores. No sé dónde metían los muebles de todos los días, pero a disposición de los invitados quedaban tres amplios salones donde confluían más o menos cincuenta personas.

Por aquella época empezaba a publicar artículos en algunas revistas y los working paper sobre el avance de mis investigaciones doctorales. Además, participaba en los debates que los diferentes grupos de investigación parisinos tenían a bien invitarme. De modo que tuve la suerte de subir un peldaño en sus consideraciones y ese año me invitaron. Desde entonces, siempre que podía, asistía a la cita anual y podías codearte, por ejemplo, con los hijos de Violeta Parra (Isabel y Ángel), algunos integrantes del Cuarteto Cedrón, también con Enrique Cardoso o Gunder Frank, o filósofos como Glucksmann y otros a la moda. Una gran variedad de intelectuales del CNRS y universitarios.

La primera vez que fui, me encontré con alguna gente conocida y poco a poco mi timidez de recién invitado se fue perdiendo y tomé confianza caminando entre tanta gente. Entonces la vi en mitad del primer salón. Ya había coincidido con ella en algún otro encuentro académico y nos saludamos como viejos conocidos. Y empezamos a hablar y a bailar.

- Me gustó mucho lo que dijiste cuando nos encontramos por primera vez- dijo ella.

Entonces me acordé de que en aquella discusión había argumentado la necesidad de modernizar las lecturas económicas hacía las nuevas formas del capitalismo y no enfocarse, como se hacía muchas veces, en leer El Capital como si fuera un catecismo a seguir a pie juntilla. En aquella época estaba de moda el “Programa Común”, el pacto político firmado entre los Partidos Socialista (PSF) y Comunista (PCF), para lograr el triunfo presidencial de Mitterrand. En ese Pacto se establecía la nacionalización de ciertos Grupos Industriales que se consideraban esenciales

para la planificación económica del gobierno socialista.

El auge de los estudios sobre Grupos Multinacionales y sus acciones apenas conocidas a través de sus subsidiarias y filiales, justificaban la expropiación de las Multinacionales Francesas. En ese entonces trabajaba en la búsqueda de cuantas filiales directas e indirectas pertenecían a los dos grandes grupos financieros e industriales que había que nacionalizar con el triunfo de la izquierda. El estudio de la realidad actual prevalecía a los estudios teóricos sobre el marxismo-leninismo.

- ¡Ah! Ya me acuerdo – le conteste - Estaba en contra de todos aquellos que se creen obligados a citar continuamente a Marx y encima, conocen la página del libro citado y te lo lanzan a la cara con la superioridad del “erudito” marxista.

- ¡Eso fue lo que expresaste y eso me gusto! Pero agregaste algo más. En tu argumentación demostraste que citabas a Marx sin mencionarlo, que lo integrabas en tu discurso y no tenías por qué decir donde lo dijo ni en qué libro....

- Bueno, eso lo hago muy a menudo. Con Marx y con otros autores. Eso quiere decir que he comprendido sus textos y me gustan tanto que los hago míos y puedo utilizarlos a mi antojo. Es muy diferente a ser marxólogo. ¡Cuántos libros actuales se escriben donde más de la mitad son citas textuales y luego el comentario para explicar lo que dijo o quiso decir...! -

-Ja, Ja - se ríe y su linda cara se iluminó por completo – Fue esa irreverencia la que llamó mi atención. No la había escuchado en ningún otro conferencista...-

- Bueno, es la ventaja de ser un desconocido. No logro ser prudente y siempre arriesgo porque considero que la prudencia es lo más imprudente que existe. Soy economista, pero no logro adaptarme al léxico y a la repetición de discursos que te hacen reconocer como tal. Además, tengo suficiente descaro para confundir el cartesianismo de los intelectuales franceses...-

- ¡Oye! Que soy profesora universitaria y me estas incluyendo...- Me dijo mientras volvía a sonreír. ¡Claro que lo sabía! Y también que su apuesto marido era un distinguido investigador en Ciencias Sociales.

- ¡Pero es verdad! A los franceses les enseñan a argumentar de tal manera que en principio hay que abrir el tema, plantear lo que se dice a favor y en contra, decidirte por una opinión y cerrar el tema con una buena conclusión. De tal manera que después de ti, nadie puede decir nada más. El siguiente que quiera refutar, tendrá que seguir el mismo método. Nosotros, los latinoamericanos, actuamos de otra manera. Discutimos sobre algo, damos nuestra opinión y nos exaltamos defendiéndola. A veces con apasionamiento y a veces a grito pelado como los brasileros... -

- Eso es lo más exótico de los latinos- dijo ella – Cuando los escucho, me cuesta trabajo muchas veces seguir el hilo de lo que dicen. Tal vez para nuestra mente forjada en un orden, el discurso que salta de un tema al otro, dejando muchas dudas en el aire, nos deja perplejos y a veces desconectamos porque pensamos que es solo charlatanería. Y a veces lo es, pero muchas veces perdemos cosas importantes que están diciendo en otro idioma, aunque hablen en francés. Es el estilo de expresarse diferente, si me explico...-

- ¡Claro que te explicas! Y así es. Pero personalmente soporto mal que para hablar de un tema tengan que estar citando continuamente a tal autor o tal libro, como si tu opinión tiene que estar refrendada por otro o no tuviera valor sino lo ha dicho un Maître Penseur o simplemente, para demostrar que se ha leído. Si estas en un debate, defiende tu pensamiento y utiliza a quien quie-

ras para completar el tuyo o tómallo prestado, da igual. Eres tú quien está hablando y eres tú el que debe responder por lo que dices. No porque lo digan otros...-

- Ese es el mal del academicismo, pero es necesario si queremos avanzar manteniendo un mínimo de rigor. Es una especie de “Ley” que se impone en la Academia, algo nuevo no puede constituirse sino se critica lo anterior y se construye contra lo anterior. Es una “Ley” reductora y simplista. Pero tienes razón, en un debate o en una conversación no es lógico estar citando continuamente a otros. Eres tú el que habla y defiendes tu opinión, no el del otro...-

- Lo peor son las discusiones entre los partidarios de la izquierda radical. Hablan con un lenguaje codificado, de militante y te arrojan a la cara las consignas del Partido como si fueran verdades reveladas. Te indican la manera en que se debe utilizar a Marx para que puedas ser llamado marxista. Y eso en América Latina es la peor de las enfermedades. Seguir consignas catecúmenas...-

- Pues por estos lados también es así. Según a que partido de izquierdas pertenezcas o simpatices, tendrás que asumir las interpretaciones del PC o las maoístas o trotskistas. Y de éstos últimos, depende la tendencia. A veces es muy difícil escuchar las defensas de sus tesis partiendo de las diferentes interpretaciones de las lecturas marxistas. El que lo tiene clarísimo, es el partido marxista-leninista: todo está muy bien explicado en sus cartillas doctrinales. ¡Y ay del que no piense igual! Manejan fórmulas mecanicistas como si el tiempo no pasara. Entonces se convierten en barreras que bloquean otras ideas, otras interpretaciones ...-

- ¡Mira por dónde, ya tenemos algo en común! – conteste – Nos interesa conocer primero quien dice algo y porque lo dice y no lo que diga. ¿Cuál es el propósito de su discurso? En otras palabras ¿qué clase de barreras, de censuras me impone con su discurso? Una sutil manera de analizar las realidades cuando se debate...-

- “¡Uy! que fino te pones... Pero en el fondo es así. Cuando empiezan a poner fronteras en base a sus postulados, se vuelven, como tú dices, apóstoles de la verdad, su verdad enunciada en sus libros y su única interpretación, más allá de la cual es blasfemia o enemigo de la causa o una de sus palabras preferidas, eres un reaccionario peligroso si no comulgas con ellos. Son los garantes de lo verdadero, de su verdad y te impiden que busques otras formas de discurso en busca de otras verdades... -

- ¡Exacto! Cuando nos encontramos frente a un pedante que continuamente cita a sus autores, mis amigos y yo tenemos una consigna. A cualquiera de nosotros que se le ocurriera una brillante frase, debía comenzar por “como decía Stella Artois... “y aquí el invento de lo que decía. A continuación, otro mencionaba hasta el título de la obra de Stella Artois...-

- ¿Stella Artois? Sí, el nombre me suena muchísimo.... Pero no caigo quien es ni que ha escrito...-

- ¡Pero como no te va a sonar si la vez a diario en las calles de París! Está en todas las marquesinas y los toldos de las antiguas cafeterías. Se trata del nombre de una antigua cerveza alsaciana que hace veinte años desapareció del mercado. Solo queda su propaganda que todavía permanece en los bares y cafeterías que no han cambiado su decorado. Todo el mundo tiene el nombre en el subconsciente...-

- “¡Claro! por eso me suena.... – y soltó una sonora carcajada al mismo tiempo que sus blancas manos apretaron con fuerza las mías. Fue en ese momento que se despertó en mi interior algo

que hizo que la viera de otra manera. Le correspondí su efusivo apretón con otro parecido y de ahí en adelante nos empezamos a mirar diferente, no sé, con mayor simpatía. O al menos fue lo que me pareció.

- Me encanta soltar boutades en plena discusiones. Rompo las normas de la argumentación pretenciosa que plantean muchos intelectuales sabiondos. A veces consiste en seguir sus propias lógicas y aplicarlas a realidades donde se intercambian funciones y se confunden los papeles. Entonces los perturbas...

- ¿Qué? ¿Me estas dando tus recetas argumentarías? ¿Las estas aplicando conmigo...? –

- ¡No por favor! – le dije sonriendo e intuitivamente extendí mi mano sobre su brazo y ella me correspondió de inmediato colocando su mano sobre la mía. – Jamás se me ocurriría hacerlo contigo. No sé por qué, pero hablamos como si fuéramos viejos amigos. Hemos conectado de manera increíble y lo único que pretendo es no acabar esta conversación...-

- Pues estamos de acuerdo. Siento lo mismo – y puso un dedo sobre mi índice y lo recorrió mientras hablaba – No sé cuánto tiempo llevamos hablando, pero no quiero separarme. Quiero continuar, quiero seguir escuchándote. Me gusta lo que dices...-

- Bueno, no digo nada trascendental, pero a mí también me gusta escucharte, me gusta que sigas la corriente. Habrás notado que soy un poco nihilista incrédulo y eso que no hemos hablado de religión... -

- ¿Un poco? Creo que tratas de decir que eres nihilista de la incredulidad, porque “nihilista incrédulo” es cómo un pleonasma...

- ¡Concedido! ¿Vez? Completaste mi pensamiento. Perfecto. Nihilista de la incredulidad. Pero hay más si nos ponemos filosóficos: parece que todos estemos enfermos de algo y todos necesitamos alguna cura y médicos prescriptores de medicinas sociales, políticas y otra clase de soluciones, lo hay a montones. Por eso solo tengo confianza en la desconfianza. Dudo de todo excepto de lo que tengo delante. Tu cara hermosa y estas preciosas manos... - y acaricié sus manos con las mías, pero no me atreví a acariciar su rostro. Sabía que su marido rondaba por los salones. Note brillo en su mirada y correspondió a mis caricias poniéndonos a hacer “manitas” como adolescentes en celo.

- ¡Vaya! Parece reciproco la empatía. Tengo que decirte que es la primera vez que me sucede esta clase de aproximación. Nunca he engañado a mi marido. Tú has roto un tabú. Mi familia es libanesa y muy católica y posiblemente de ahí venga mi incapacidad de ser infiel. Además, tengo dos niñas a quien adoro. De modo que, por el momento, mantengamos una simple línea de coqueteo sin mayores esperanzas. ¿Te parece? -

- ¿...Y que opción me dejas? ¡Me encanta estar contigo ahora mismo! Aquí y ahora y no pienso desperdiciarlo. Quiero que sigamos hablando académicamente, aunque en el fondo los dos sabemos que deseamos otra cosa. Con eso me conformo... – Volvió a sonreír y esos labios preciosos penetraron mis adentros.

- Pues si te conformas con eso, adelante porque me gusta estar contigo. -

- ¡Pues que bien! Me encanta estar en crisis permanente como en el capitalismo...-

- ¿Cómo así? ¿De qué crisis me hablas...? –

- De la crisis permanente en la que vivimos. Partiendo del sistema económico, político y social, llegamos al personal. Crisis inherente al funcionamiento del sistema, es lo que permite sus innu-

merables innovaciones. La destrucción permanente de instituciones, valores, normas, etc. Se reordenan de nuevo la circulación de la producción, de los hombres y también de nuevos sentimientos -

- ¿Pero... y eso que tiene que ver con nosotros? Me perdí...-

- Pues que personalmente vivo en crisis, recomponiendo, reconstruyendo, destruyendo... Es un movimiento permanente que moldea mis sentimientos y mi comportamiento. Ahora mismo, tu presencia, nuestro encuentro, me ha transformado. Te lo confieso, nunca me hubiera imaginado llegar a ti. Tener la confianza que tengo ahora y además, ser correspondido. Esa transformación la llamo crisis como en el capitalismo...-

- ¡Hombre visto así, también estoy en crisis entonces! Pues claro que me gustas. Pero tengo barreras muy fuertes que no logro romper. No soy como tú. Las crisis personales no se me dan muy bien. Soy metódica. Con decirte que, desde hace muchos años, no me ha dado ninguna enfermedad, ¡Ni dolores de cabeza! ¡Il faut le faire! En dos días nos iremos con las niñas, como todos los años, a pasar vacaciones en el pueblo bretón de la familia de mi marido. Y cuando digo familia es familia. Casi la mitad del pueblo son primos entre sí. De modo que todo es previsible y lo imprevisto se da muy poco en mi vida. Este encuentro contigo, ahora mismo, es un imprevisto que me gusta y quiero continuar mientras dure... -

- Gracias. Me llegan al alma tus palabras. Yo mismo estoy sorprendido de ver tus ojos brillantes mirarme de esa manera. De escuchar tu voz respondiendo como si yo mismo me hablara. De sentir el tacto de tus manos, ese pequeño calor de tus manos que me confirman tu agradable compañía... Y no estoy nervioso. Estoy completamente calmado y como tú, solo pretendo estar aquí, junto a ti. – Y mis manos volvieron a la tuyas y con un suave apretón, sin decirnos más cosas, supimos los dos que habíamos sellado un pacto, una especie de compromiso que duraría hasta que llegara la hora de separarnos. De regresar a nuestras respectivas realidades. Y con eso teníamos bastante.

No sé cuánto tiempo estuvimos hablando, pero paso muy rápido. En un momento se nos acercó la anfitriona para preguntar qué tal estábamos. Cuando volvimos a estar solos, ella que la conocía muy bien, me insinuó que estaba nerviosa por nuestro comportamiento. Habíamos estado juntos desde el primer momento de la noche y no nos movimos del primer salón. A veces salíamos a tomar aire al balcón y a duras penas buscamos bebidas. Nuestra compañía era suficiente. Pero llegó el momento de partir y la verdad, nos despedimos tranquilamente. Nos habíamos dado nuestras direcciones y teléfonos. No se ella, pero me fui con la sensación de haber pasado una noche placentera y completa. Aprovechamos los besos tradicionales de despedida para rosar nuestros labios. Fue lo más agradable y deliciosa sensación que guardo en mi recuerdo.

Aquel encuentro me atormento toda la semana. Una y otra vez, sus ojos azules con esa mirada brillante, me atravesaban las horas y a fuego lento penetraban en mis quehaceres cotidianos. No lograba saber si estaba enamorado porque en esa época mis energías me impedían concentrarme en una sola cosa. Mis actividades académicas y mis trabajos ocasionales ocupaban mi mente, pero, no puedo negarlo, toda la semana se impregnó de su presencia y poco a poco me fui convenciendo que esa noche mágica sería todo lo que obtendría de ella.

En esa época no existían teléfonos móviles y mucho menos internet. De modo que la próxima

comunicación tendría que esperar a septiembre, cuando se volviera a clases y esperar una disculpa para encontrarnos. Demasiado tiempo para olvidar un cortejo ocasional. Se perdió el momento de la locura.

Y entonces, sucedió el milagro. Quince días después, me llegó una carta sin remitente y sello postal de Bretaña. Solo podía ser de ella. No había ninguna duda. La abrí con desasosiego y me encontré con un recorte de prensa (tal cual) y nada más. Solo el recorte en donde publicaban un poema de Pessoa:

“Todas las cartas de amor son ridículas
 No serían cartas de amor si no fueran ridículas
 En mis tiempos también escribí
 Cartas de amor como las demás
 Ridículas
 Cuando hay amor, las cartas de amor
 Tiene que ser, ridículas
 Es que en fin, solo las criaturas
 Que no han escrito jamás
 Cartas de amor
 Son las que son ridículas
 ¿Quién volviera aquel tiempo
 En que escribí, sin darme cuenta
 Cartas de amor, ridículas?
 La verdad es que hoy
 Mis recuerdos de aquellas cartas de amor
 Son los que son, ridículos
 ¿Quién volviera aquel tiempo
 En que escribí, sin darme cuenta
 Cartas de amor, ridículas?
 La verdad es que hoy
 Mis recuerdos de aquellas cartas de amor
 Son los que son, ridículos
 Todas las palabras esdrújulas
 Como los sentimientos, esdrújulos
 Son naturalmente ridículos.”

Ya conocía el poema, por supuesto, pero lo leí tres o cuatro veces seguidas mientras un manojo de mariposas revoltosas acariciaba mis entrañas. Mire el sobre, su letra al escribir mi nombre, el sello muchas veces para asegurarme que venía bien de Bretaña, de Isla Bonita. No era del pueblo que me había hablado, pero imagine que se trataba de una visita turística o algo parecido. No había forma de calmarme y el calor de julio no me ayudaba.

Salí a caminar para serenarme y sin darme cuenta, envuelto en mis pensamientos, atravesé París de sur a norte. Comencé en el Parque Montsouris (París XIV) y tomé consciencia de donde estaba, dos horas y media después a orillas del Quai de la Marne (París XIX). Tal era mi perturbación. Mis pensamientos iban de un lado a otro, su belleza me trastornaba y, sobre todo, que

hubiera roto sus defensas sin proponerlos.

Generalmente, cuando me fijaba en una chica, afilaba mis herramientas seductoras y empezaba el cortejo que unas veces resultaba y otras no. Pero ese era el juego. Sabía a qué atenerme. Pero esta vez me tomo de sorpresa. Me acerque a ella naturalmente por saludarla y nos pusimos a hablar como colegas. Nunca me imaginé que pudiera cortejarla o que me hiciera caso. La veía fuera de mi alcance. Y, sin embargo, ahí estaba el poema que decía mucho y tal vez nada. Una trampa. Tenía que averiguar que había detrás de las letras. ¿Buscó a propósito ese poema o simplemente se lo encontró y le vino a bien enviármelo? Tendría que preguntárselo, si es que tendría la oportunidad de volverla a ver.

A finales de julio sonó el teléfono y su maravillosa voz reventó en mi cuerpo. Me avisaba que estaba en París por tres días. Acababa de llegar y quería verme. Nos dimos cita para encontrarnos de inmediato en una estación del metro. Me vestí apresuradamente y la violencia de mi corazón me hacía cometer errores y actuar de forma atolondrada. Más que caminar, corría y en esas prisas, me equivoqué de línea al intercambiar y tuve que regresar para corregir el rumbo. Perdí tiempo, pero llegué al punto de encuentro justo cuando ella se había cansado de esperarme y se retiraba. La alcancé a la salida.

- Perdona., perdona el retraso. – le dije angustiado – me confundí de línea y para otro lado. Pero ya estoy aquí... -

- ¡Ah! Eso es interesante... un acte manqué. A lo mejor no querías encontrarme... - me dijo con una sonrisa picaresca.

- ¡No! Por favor, no interpretes lo que no es. Al contrario, mi impaciencia por verte me jugó una mala pasada – le contesté de inmediato acercándome a ella y acariciando sus hombros la besé tiernamente. Nos miramos unos segundos y entonces fue un beso con toda la pasión que pudimos.

Esta vez ninguno se equivocó y volvimos en metro hasta mi apartamento. Fue muy fácil desnudarnos y una increíble delicia estar juntos. ¡Tres días! Tres días en que solo nos quedaba tiempo para reponer fuerzas con la comida que yo preparaba a cualquier hora. No necesitamos salir a comprar nada. Incluso, sobraron botellas de vino y de licor, pues los bebíamos con moderación. Solo nos interesaba nuestros fluidos y en nuestro apasionamiento, nos escupíamos en la boca con un deleite increíble. Hicimos todo lo que es posible hacer. Todo estaba permitido, todo, y cuando mi energía se agotaba, ella literalmente me poseía. Obtenía orgasmos intensos frotándose contra mi cuerpo mientras estaba en posición supina. Estábamos drogados de nosotros mismos.

En las íntimas conversaciones me confesó que, desde la noche del encuentro, solo pensaba en mí. Luchaba contra ese recuerdo, luchaba contra su cuerpo, pero su cuerpo no le obedecía. Se excitaba a pesar de no quererlo. Entonces, se inventó un viaje a París de tres días. No sabía si yo estaría en la ciudad o si estaría disponible. Pero necesitaba arriesgar. Lo ansiaba enormemente. Su cuerpo reclamaba una cosa y su mente otra. Se jugó al azar la respuesta y salió ganando. Salimos ganando.

Al principio, los orgasmos que tenía conmigo, los tenía en contra de su voluntad. Era la primera vez desde hace mucho tiempo, que se acostaba con un hombre que no era su marido. Su racio-

alidad negaba lo que sus instintos animales deseaban obtener. Y, entonces, al igual que me sucedía a mí, dejó de luchar y se entregó sin preguntarse nada. Sin cuestionar nada. Solo vivir el momento tal como se presentaba. Ni siquiera me preguntó si estaba casado o tenía pareja. Nada de lo que no fuera este momento, estos instantes, importaba. Ninguna pregunta o respuesta debería interferir en algo que, sin ponernos de acuerdo, habíamos trabajado juntos para que fuera nuestro, únicamente nuestro.

Terminamos agotados pero satisfechos. Terminamos felices y sin remordimiento alguno. Nos separamos sin saber si nos volveríamos a ver. No me lo dijo. No lo conversamos. Pero tuve el fuerte convencimiento de que ambos tendríamos un recuerdo imborrable que, en lugar de hacernos infelices por no estar juntos, pensaríamos el uno en el otro de una manera placentera. Era lo que nos había ofrecido la vida y la habíamos aprovechado al máximo. Todo lo de ella estaba en mí y todo lo mío estaba en ella. Por eso nuestra despedida fue tranquila. Demasiado tranquila. Nos besamos en la misma estación de metro en que nos encontramos y cada uno tomo la ruta que nos volvió a nuestras vidas. A la anterior de esos tres días que, por convención no declarada, solo deberíamos recordar con felicidad, con el placer del deber cumplido.

El Libre Albedrío de Doña Ines

Conocí a Inés en casa de los actores Julia Correa, y Emiliano Suarez en París. No solamente era mayor en unos cuantos años de edad, sino que me llevaba mucha ventaja en cuanto vivencia libertaria en Europa. Acaba de llegar de un viaje iniciático por la India y tenía una particular forma de enfocar su vida. Además de ser vegetariana, macrobiótica, y practicar el yoga, todas sus pertenencias cabían en un gran bolso de esparto que siempre la acompañaba fuera donde fuera.

Nada ni nadie, le impedía conocer nuevas experiencias y volar de inmediato si la ocasión lo exigía. Una vez bajó al mercado a buscar un condimento y no la volví a ver en tres meses. Cuando volvió me explicó que se había encontrado con unos amigos iraníes que la habían invitado a visitar su pueblo en las fronteras con Afganistán. Y sin encomendarse ni a dios, ni al diablo, ese mismo día tomaron el avión camino de la nueva aventura.

Volvió bastante decepcionada. El pueblo y la familia de su amigo no soportaron su voluntad de ser libre. Ella aguantó dentro de su ilimitada capacidad de comprender culturas, hasta que su paciencia reventó y volvió al origen. Lo curioso es que cuando regresó, trajo consigo el condimento que había ido a buscar cuando se fue. Tenía una innata capacidad de creer en el ser humano, en la bondad de todos aquellos que conocía. Su sonrisa permanente en su bella cara y esos ojos brillantes como si se admirara de todo lo que veía, le abrían infinidad de puertas en todas las culturas y todas las nacionalidades. De su mano conocí la cultura y costumbres de grupos gitanos que vivían en caravanas y comerciaban con chatarra.

La primera vez que comí con un grupo hindú fue con ella. Antes de ir, me recortó las uñas de las manos y me prohibió terminantemente utilizar la izquierda. Debíamos comer con la mano derecha. Me sentaron alrededor de una gran alfombra en el suelo y justo al lado mío, me encontré con una gran cantidad de botes de yogures naturales. Pensé para mis adentros que debía repartirlos en un momento dado. Sin embargo, cuando tuve en el paladar el primer bocado, supe naturalmente para que servían los yogures. El picante era tan fuerte que sin ellos me era imposible tragar la comida. Comprendí entonces, que los anfitriones muy amablemente

habían tenido en cuenta mi bisoñez.

Inés llegó a la Universidad de Lovaina acompañando a su amigo de entonces, decidida a estudiar humanidades. Terminó ganándose la vida con una caja de lustrar zapatos, oficio que ejercía en cualquier sitio del campo universitario de Lovaina. Su natural don para hacer amigos, su sensibilidad para conectarse con el mundo, la llevó a conocer innumerables países de Asia, África y Europa.

Siempre mantenía una mente abierta para aceptar cualquier manifestación externa y no tenía ningún reparo en defender la importancia de la acupuntura, la homeopatía, la aromaterapia, la iridología, la frenología y otras pseudociencias que estaban de moda. Evidentemente, las Enseñanzas de Don Juan le fascinaba. Lo mejor era no discutir estos temas con ella, de todas las formas, salías perdiendo.

Una noche fuimos a ver una obra de teatro en la Gard du Nord, representada por un grupo argelino. El teatro era circular y todos debíamos sentarnos en el suelo mientras los actores actúan en nuestro alrededor. Sucedió entonces que el actor principal de la obra se pasó toda la noche mirando a Inés y prácticamente le dedico su actuación. Yo la miraba de reojo y la veía como ella también se quedaba extasiada con la boca abierta.

Nos fuimos a casa comentando lo realización de la Troupe. Al otro día, el mismo grupo representaba una nueva obra en el mismo sitio. Inés me pidió que fuéramos de nuevo y yo me negué. Le dije que fuera ella, que yo pasaba, que no quería ser un estorbo en sus apetencias. Entonces se enfureció y fue la primera vez que la vi de esa forma. Me dijo que si estaba conmigo no iba a estar con nadie más. Que dejara de ser un cobarde y otras lindezas por el estilo. Yo mantuve mi posición y descendí del metro dejándola a ella con chispas en los ojos.

No la volví a ver en quince días. Esa noche teníamos una pequeña reunión en el estudio de la Rue du Dragon, en París 6, donde vivía y de pronto la veo entrar y sin más preámbulos, se me echo encima y abrazándome me dijo con voz lastimera: “se me fue... que pena...” Así era ella. Y así la queríamos.

Anécdotas de "Urgencias"

He estado más de una semana entrando y saliendo de "Urgencias" para evitar que una septicemia me complique la vida. Como soy curioso impenitente, mientras me hacían análisis y aplicaban antibióticos a lo bestia, pasaba el tiempo escuchando las historias que contaban los nuevos pacientes en la habitación de al lado. Me sorprendió la dificultad que tienes muchos, sobre todo los jóvenes, en narrar lo que les pasa. No logran hilar frases coherentes que sirvan de guía a los médicos para enfocar un diagnóstico. Tienen que hacer malabares lingüísticos para extraerles la información necesaria en la configuración del cuadro clínico.

- ¿Pero, no me dice que le duele aquí? -
- Si, pero es porque fue un golpe que me di hace tres días montando en bicicleta
- Entonces, adonde te duele hoy -
- Ahí mismo, pero al lado del otro golpe... -
- Vamos ver, ¿cómo distingue un dolor del otro dolor?... -
- Pues porque ¡me duele! -
- ¿...y no es el de la bicicleta? -
- ¡Que le digo que no! Es diferente -
- Joder chico, te duele aquí y es bicicleta y justo aquí ya no lo es. A ecografía...

Por el contrario, otras personas, sobre todo mayores, vienen ya con el diagnóstico, el tratamiento y las consecuencias de lo que tienen. Incluso, con el resultado de los análisis que todavía no le han efectuado.

- Mire doctora, tengo un dolor enorme en el estómago, debido a que comí unos calamares que estaban en mal estado. Me estaban celebrando mis 78 años ¿sabe? Y eso fue lo que me cayó mal. Ahora tengo un dolor que me atraviesa el abdomen. Deben hacerme un lavado urgente y con eso basta. Los análisis saldrán con algunos marcadores altos, pero eso está bien. Yo soy un roble. Solo háganme el lavado... -
- Vale señor, pero déjeme auscultarle primero. Tumbase en la camilla por favor... -
- Si, si Ud. haga lo que tiene que hacer, pero ya le digo, necesito un lavado...

- Tendrá que quedarse un rato acostado aquí, voy a ponerle un calmante.

Escuche a la médico en el pasillo hablar con otro colega y decidieron llamar urgentemente a un oncólogo. Al mismo tiempo ordenaron ingresar al paciente en planta. Al llegar el especialista, el paciente contó de nuevo su historia intentando convencerlo de la veracidad de su diagnóstico. Resumen: después de análisis, a la hija y a la esposa del paciente le comunicaron el terrible resultado, metástasis en el hígado.

La última revisión que me hicieron, fue muy temprano en la mañana y nos encontrábamos una chica veinteañera que acompañaba a su madre con un grave esquinco y yo en la sala de espera. De pronto llegó otra chica treintañera con tremenda barriga de embarazo y les dijo a las de admisiones;

- He roto aguas -

. Pero... ¿viene Ud. sola? -

. Si - contesto con toda la tranquilidad. - He roto aguas y he cogido el coche y me he venido...-

- ¿Y el padre o su pareja lo sabe? -

- No. Pero ya le avisaré. -

- Entre a la sala que la llamarán-

- Bueno, pero antes tengo que ir al baño...

La serenidad de la mujer frente a la eminencia del parto nos dejó con la boca abierta. La chica veinteañera me sonrió y me dijo -

- Esto no es como en las películas ¿he? -

- Pues no – conteste – pero es asombroso como se lo toma. No será el primero... -

- Aun así, como fue capaz de venir conduciendo. ¡Alucino! Me pongo en su piel y es que... -

- ¡Ho! No es la primera, ni será la última. dijo la enfermera que vino a buscarla mientras la embarazada seguía en el baño – Hay mujeres muy decididas que rompen moldes y otras, por el contrario, se dejan arrastrar por la histeria. Hay de todo...-

Fue así, con los ojos agrandados de estupor, que aprendí que existían partos normales y partos histéricos. ¡La madre que me parió! Y yo con estas fiebres...

Arriesgando la Caída

Decía Elias Canetti que nada teme el hombre más que ser tocado por lo desconocido. ¡Y qué razón tiene! Les cuento la escena: en pleno Centro Comercial, bajando las escaleras con mi mascarilla tapando media cara, no vi el último escalón y el traspies llevó mi humanidad de casi 1,80 de estatura y cien kilos de peso, a arrastrarse por el suelo delante de múltiples viandantes que, en un alarde de solidaridad y compasión, se arremolinaron a mi alrededor intentando levantarme y preguntándome si estaba bien y si me había roto algo.

La caída no me causó ni susto, ni ninguna consecuencia grave más allá de la vergüenza pública de verme en tal tesitura. Levantarme, dar gracias públicas y continuar caminando con mi orgullo mal herido, pero fingiendo normalidad, fue un acto de reflejo condicionado.

Aunque intenté mantener la calma y realizar las gestiones que me habían llevado al Centro Comercial, la situación no era la misma. Todo había cambiado y lo único que deseaba era volver al refugio casero, a lamerme las heridas espirituales porque las físicas no pasaron de un ligero raspón en un dedo.

Recordar el incidente me hace pensar en el instinto de autoconservación que tenemos y en la necesidad de preocuparnos por todo lo que es visible, aún en el caso de no prestar atención o estar pensando en otra cosa. Pero el ojo que todo lo ve, también es un obstáculo para la visión. Tiene poco alcance, depende de tantas circunstancias y lo que ve, es un campo muy limitado. De modo que el ver también es no ver o, al menos, caer en cuenta de lo que no ves. Y así se producen las desgracias o los accidentes insignificantes. Pero cuando un sujeto cualquiera, sufre un incidente callejero, la gente inmediatamente se agolpa a su alrededor. Deja de ser un anónimo transeúnte, se vuelve visible e importante para los demás, sobre todo si los otros encuentran a un hombre que, debido a una cierta edad, necesitaría ayuda, aunque no sea así. Es observado con lupa de cirujano y una cierta conmiseración.

El uso de la vida tiene un ritmo permanente que ocasiona deterioros. La pérdida de agilidad nos recuerda el envejecimiento que se llena de recuerdos y de muchos olvidos. Es inevitable que entre más envejecemos, más recuerdos desbocados se

agolpan en nuestro presente y, curiosamente, el presente se nos olvida, perdemos las palabras, los nombres de aquellas cosas que tenemos en imágenes y no podemos decir.

Y entonces, la cólera nos consume, nos deprime la decrepitud de nuestro cerebro actual. Por eso nos refugiamos en el pasado, en las memorias que fluyen con naturalidad. Y muchas veces se corre el riesgo de quedarse en la comodidad de lo antiguo y olvidarse del presente. Entonces, cometemos la tontería de escribir memorias, reminiscencias y por andar con esas necesidades, sufrimos las caídas, físicas y espirituales. La compasión de los extraños se transmuta en fuertes regaños de los seres queridos, debido al nerviosismo que les causa. “Es que no estas en lo que estas. Llevas un tiempo viviendo en las nubes... Tienes que adelgazar, hacer ejercicios, te falta agilidad...” etc. etc. El hacerme culpable de mis tropezones los libera del miedo que tienen de perderme en un accidente mortal. Y eso reconforta.

Todos los que todavía seguimos vivos, podemos prolongar nuestra existencia con cuidados y medicinas. Otra cosa es saber si vale la pena vivirla. Nos pasamos renovando nuestra fecha de caducidad, trampeando nuestras posibilidades. De modo que, en la senectud, solo nos queda hacer un pacto con la naturaleza para vivir de la mejor forma posible. Pero es en la búsqueda de los posibles y de sus formas cuando nos amargamos la vida que nos queda. Ahí está la contradicción.

Culito de Rana. Internacional

Las vicisitudes hospitalarias que he tenido hasta ahora, me han dejado cicatrices que han tatuado mi cuerpo en operaciones quirúrgicas internacionales. Voy a dejar el pudor de lado y con el perdón de los lectores, contaré mi experiencia con los diferentes sistemas de salud.

COLOMBIA: Mi primera cicatriz operatoria fue en los años 60. Siendo adolescente, para trabajar en la Librería Nacional tuve que pasar un examen médico obligatorio. El certificado que obtenías te declaraba apto para el trabajo. Al terminar el contrato laboral, el empleado debía pasar el mismo examen médico que garantizaba que el trabajador no había adquirido ninguna enfermedad durante su tiempo de trabajo. El costo de estos exámenes los cubría la empresa. Resulta que en el examen de salida me detectaron una hernia inguinal. Ordoñez, el dueño de la Librería, intentó por todos los medios convencerme de que firmara un documento donde reconocía que la hernia la tenía antes de entrar a trabajar. Fue cuando me di cuenta que la operación debía ser sufragada por el patrón y hasta que no se hiciera, no podían poner fin a mi contrato de trabajo. No había seguridad social. Finalmente, la cirugía se hizo en el Hospital Universitario. En ese entonces era invencible y nadie tenía que enterarse de mi operación. De modo que entre un día y salí al otro día sin que nadie de mi familia lo supiera. Solo me acompañó mi amigo Ernán Ospina. El regaño de mi madre fue monumental cuando se dio cuenta.

Tuve una experiencia anterior, cuando sufrí un aparatoso accidente cuando un taxi sin frenos me envió por los aires en plena Plaza de Caicedo. Me llevaron en ambulancia urgentemente al Hospital Universitario y tuve la fortuna de sufrir solamente contusiones sin roturas. El taxista se hizo cargo de todos los gastos y mientras abogados que buscaban clientes, me pedían que le pusiera una demanda, pacte con el taxista, que siempre estuvo pendiente de mi evolución médica, no hacer nada en su contra.

Mi recuerdo de niñez es que, al no existir seguridad social pública, los médicos que acudían a casa o cuando íbamos a sus consultorios, los pagaban nuestros padres. La medicina estaba a cargo de curanderos y yerbateros que casi todos los barrios tenían uno. Y los huesos lo trataban los “sobadores” que hacían maravillas

curativas.

La primera preocupación estatal de Seguridad Social sucedió en 1905 destinada a cubrir pensiones de militares y magistrados. La guerra de los mil días había dejado regado el territorio nacional de “coroneles que no tenían quien les escribiera”. En 1912 se establecen pensiones para los expresidentes de la república, sus viudas y (sorprendentemente) para sus hijas solteras. Para el resto de los mortales quedaba la Asistencia Pública que había sido promovida por la Iglesia Católica, incentivada por la Encíclica “Rerum Novarum” con el fin de luchar contra la ideología comunista y atenuar la pobreza y la explotación excesiva de los obreros.

El primer intento de crear un sistema de seguridad social, se dio en 1957 cuando la Junta Militar estableció el Subsidio Familiar Obligatorio. A partir de ahí, se han sucedido una serie de reformas y creación de entidades que han intentado armar sistemas de salud pública que han fracasado una tras otras porque nunca existió una verdadera planificación social. La corrupción hizo fracasar todo intento bienintencionado de establecer algo duradero.

En 1993 la Seguridad Social se estructuró como un sistema organizado y coherente a partir de la Constitución de 1991. Sin embargo y según los expertos, es un sistema permanentemente en crisis ocasionado por “corrupción generalizada, desorganización administrativa, competencia desleal entre sus actores, fuerte intervención de algunas agencias del gobierno en favor del sector privado y en detrimento del sector público, cierre generalizado de hospitales, huelgas continuas de los trabajadores de la salud, rechazo de la racionalidad administrativa y económica del sistema por importantes sectores de practicantes de la medicina y de otros profesionales de la salud, fracaso en la universalización de la cobertura y en el cubrimiento de los pobres”, entre otros factores. De nuevo, un sistema de salud que no funciona, al menos para amplios sectores de la sociedad que solo cuentan con el culito de rana para sanarse.

FRANCIA: La segunda cicatriz fue rocambolesca. Vivía en París, pero ese verano de los años 70, estaba de vacaciones en un pueblo pintoresco salmantino, cercano a la frontera portuguesa. Mi vida transcurría entre las fiestas organizadas por las diferentes peñas del pueblo, las madrugadas para ver apartar los toros en las dehesas y participar en el “toro del aguardiente”: sueltan un toro en las calles y el que quiera lo corretea, los burla o simplemente mira como lo hacen los otros. Antes de soltarlo, hay aguardiente gratis para todos, acompañado de “perronillas”, una galleta preparada con manteca de cerdo. Se dormía poco, se comía mucho y casi siempre alebrestado por el alcohol y la fuerte actividad de seducción de chicas. Por eso no me di cuenta de que hacía días que festejaba con 40 de fiebre ocasionado por un quiste pilonidal.

El cuerpo aguantó todo lo que daba mi fuerza juvenil, hasta que dijo basta. Tuve que salir de urgencias hacía Salamanca por carreteras comarcales. Me movía en transporte público no muy moderno de la España franquista de aquel entonces. Tarde un día entero en llegar a Madrid, directamente a la estación de Chamartín, donde tome el tren nocturno a París y llegue a las once de la mañana del día siguiente al Hospital Universitario y gracias a que no había podido tomar ni agua en todo el viaje, me operaron inmediatamente y de forma urgente. Estuve quince días hospitalizado en cuidados intensivos de enfermería. Todo a cargo de la seguridad social. Incluso el traslado a mi residencia universitaria y las posteriores curaciones a domicilio. Es lo que sucede en países “comunistas” de Europa.

La asistencia sanitaria de Francia, funciona de maravillas. Cubre todos los gastos médicos,

paramédicos, farmacia, aparatos médicos y hospitalización. Pueden beneficiarse de estas prestaciones tanto el titular como sus derechohabientes que no estén de alta en ningún régimen de la seguridad social. Puedes escoger cualquier médico privado para tus consultas. Le pagas de tu bolsillo y envías la factura a la Seguridad Social que, en el plazo máximo de una semana, te ingresa el 70% en tu cuenta bancaria el valor de la consulta. El otro 30% lo cubre la Mutua a la que estes afiliado por tu trabajo. En todo caso, siempre puedes acudir a los Hospitales donde te atenderán sin pago alguno.

La atención médica en Francia tiene una regla básica y es que cualquier persona, independientemente de su raza, ingreso u ocupación, puede acudir a cualquier médico y recibir el mismo tratamiento que cualquier otro. Los franceses tienen en un alto valor la “solidaridad” social que representa la ayuda mutua, la cooperación entre enfermos y sanos, los que trabajan y los inactivos, los pobres y los ricos. El seguro de salud se paga por capacidad de pago y no por cálculos actuariales.

Esa regla básica parece totalmente normal en los regímenes socialdemócratas de Europa. Sin embargo, suena a puro “comunismo” en boca de la “gente de bien” colombiana que no está dispuesta a compartir sus excedentes con la “chusma” y el populacho empobrecido. Y ya no se hable de Estados Unidos, donde esa regla básica nunca será comprendida.

ESTADOS UNIDOS: La tercera cicatriz me la hicieron en New York. A comienzo del siglo decidí pasar navidad con mi madre y mis hermanos. Llegue un 22 de diciembre y tenía que regresar el 27 a Madrid. El 23 empecé a sentirme mal y el 24 estaba peor. Fui de inmediato al consultorio de un médico que me costó 150 dólares. Me envió de urgencias al Hospital más cercano con el diagnóstico de apendicitis aguda con riesgo de peritonitis. Siempre viajo con seguro médico y eso permitió que el hospital me operara de inmediato y me trasladara a planta donde compartida con otro enfermo muy hablador. Se había criado en el Bronx y ahora vivía en una zona muy exclusiva donde vivían cantantes como Celia Cruz. Cada dos horas entraban un grupo de médicos que venían a preguntarme como tenía los gases. En una de esas visitas nocturnas, mi compañero les preguntó qué porque tanta insistencia con los gases. Respondieron que porque estaba recién operado.

- Pero antes que él, estaba ahí uno que tenía el brazo roto y también le preguntaban por los gases - le contesto.

Los médicos levantaron los hombres y se largaron. Entonces me explicó que yo era un chollo para el hospital. Que se habría corrido la voz de que tenía un seguro al 100% y todos querían aprovecharse. Otra noche lo despertaron para preguntarle por sus dichosos gases y se puso como una furia. Les dijo que no iba a contestar y quería saber sus nombres porque no quería pagar sus tickets. Los echo de mala manera. Luego me explicó que el tenía un seguro médico que cubría el 80% de sus gastos. Y no tenía por qué pagar el 20% de las facturas de los médicos.

Fue entonces cuando comprendí como era el sistema sanitario de USA. Cada servicio que el hospital prestaba, los médicos, las enfermeras, los especialistas, la comida, el mantenimiento..., representaba una facturación que se adicionaba a la cuenta final. Me obligaban a estar hasta que ellos decidieran darme el alta. Mi compañero de habitación me recomendó salir lo más pronto posible y pedir la alta voluntaria antes de que la cuenta ascendiera a sumas astronómicas. Justo antes de salir con las grapas de la herida puestas, me visitó el primer médico que

me envió al hospital. Me extrañó mucho su presencia. Lo saludé amablemente y contesté sus preguntas generales. Duro unos minutos y se fue de inmediato. El 28 salí a casa de mi hermana y el 30 prácticamente escapé a España donde me quitaron las grapas y me curaron la cicatriz.

Mi gran sorpresa llegó en enero. Mi seguro médico se puso en contacto conmigo para que revisara el grueso expediente que representaban las facturas de la operación: 35.000 dólares. Cada vez que pasaba por una puerta, era como si pasara por una caja registradora. Había facturas de la administración del hospital por la habitación y el alquiler del quirófano como si fuera un hotel. De la empresa de catering que manejaba la cocina. De la farmacia que suministraba las medicinas. De la empresa de limpieza y mantenimiento. Tickets de enfermeras, del cirujano, del anestesista y del personal que participó en la operación. Cada vez que dos médicos entraban en mi habitación a preguntarme por los gases, facturaban 200 dólares cada uno. Pero la guinda del pastel, fue encontrarme con un ticket de 500 dólares del médico al que le había pagado su consulta, con el argumento de “cierre de consultación”. El seguro me pidió que contratara a un experto consultor, que me costó dos mil dólares, para que negociara a la baja toda esa gran facturación. Desde entonces nunca más volví a saber nada.

ESPAÑA: En realidad, tengo varias pequeñas cicatrices ocasionados por cirugías menores. Pero España tiene uno de los mejores sistemas sanitarios de Europa. Tanto, que muchos británicos cuyo sistema no es universal y funciona mal, abusaban del sistema haciendo turismo de salud. Llegaban a España y se ponían malos para ser operados y tratados por la medicina hispana, a cuenta del sistema universal español. Fue tanto el abuso que hubo que reglamentarlo en acuerdos hispano-británicos. Ahora que Inglaterra ya no pertenece a la Unión Europea, tienen mayores problemas para utilizar gratuitamente el sistema hispano.

Existen dos sistemas que funcionan perfectamente: el público gratuito y universal que cuenta con los mejores hospitales, personal especializado altamente cualificado (el sistema de selección MIR escoge a los mejores) y los más modernos aparatos médicos. Cualquier residente en España cuenta con un Centro de Salud, una enfermera y un médico de familia al que ha sido adscrito. Cada vez que regreso de un viaje más o menos largo, mi médico de cabecera me hace pasar análisis clínicos completos y en 15 días tiene los resultados exhaustivos. Un día me dio por comentar que me costaba recordar el nombre de las cosas y las llamaba de otra manera. Inmediatamente me envió a un programa de detección temprana del Alzheimer. Mi cerebro sufrió innumerables pruebas y cuando el neurólogo las revisó, se quedó mirándome y me preguntó:

- Cuándo le cambias el nombre a las cosas ¿es porque crees que se llaman así o porque simplemente no recuerdas su nombre? -
- Porque no recuerdo su nombre. Ya sé que no se llama así- conteste.
- Entonces no tienes nada. Eso nos pasa a todos a partir de una edad. Yo mismo se las cambio porque no recuerdo rápidamente su nombre. Después de un momento, me viene a la memoria...
- Eso mismo me sucede...
- No tienes nada, todo está bien. Todos los análisis perfectos...-

El sistema de salud público se encuentra informatizado y cuando acudo a cualquier médico, tiene acceso a todo mi historial clínico, los análisis y pruebas realizadas, enfermedades tratadas y medicinas que está tomando actualmente. Esa información está también a tu disposición en tu

página privada de salud que puedes consultar cuantas veces quieras, ver tus próximas citas médicas y pedir las que necesitas. Cuando un médico receta medicinas, las inscribe en el sistema y cualquier farmacia del territorio español te las entrega cuando presentas tu tarjeta sanitaria.

El sistema privado al que tienen acceso muchos trabajadores por la empresa o porque puedes pagártelo porque su precio es accesible, se utiliza sobre todo para consultas con especialistas y maternidad. Sin embargo, todas las medicinas recetadas por este sistema, deberás pagarla de tu bolsillo. La mayoría de la gente pide cita con su médico de familia del sistema público, para que las incluyan. Ahora bien, todos somos conscientes de que, tratándose de cirugías y enfermedades graves, la sanidad pública es la única que nos brinda seguridad.

La batalla política que enzarza la derecha neoliberal y la socialdemocracia tiene su campo de acción, principalmente en la Sanidad Pública y la Educación. Cuando gobiernan los neoliberales, se construyen y se equipan formidables hospitales con dinero público y luego su gestión se entrega a corporaciones privadas. Se dejan de cubrir puestos para saturar el sistema público y desviar pacientes a las clínicas privadas pagados con dineros oficiales. Cuando gobierna la socialdemocracia, intentan recuperar lo público. Esta tira y afloje se complica más debido a que las 17 Comunidades Autónomas tienen transferidas las competencias sobre la Salud, y según el color del gobierno autónomo, se avanza en un campo o al otro.

Actualmente, cada vez que te tratan quirúrgicamente en un Hospital, te entregan a la salida una factura “ficticia” en donde te detallan lo que costó tu tratamiento y que ha sido cubierto por la sanidad pública. A lo mejor, de esta manera, todos nos enteramos de lo que vamos a perder si dejamos que el neoliberalismo nos privatice el derecho universal a una buena salud.